

CAPÍTULO UNO

— **M**ira que eres contumaz.
Le clavo los ojos entrecerrados al hombre que he estimado merecedor de mi insulto máspreciado.

«Contumaz». Es una muy buena palabra.

El hombre en cuestión es Dean Asher, el idiota del prometido de mi hermana.

Dean se ríe, no parece que lo afecte la hostilidad que le disparan mis ojos como rayos láser. A esta altura, debe de estar acostumbrado.

—¿Qué diablos quiere decir eso?

—Y, además, estúpido —comento con la ceja arqueada, y bebo un sorbo de mi trago aguado.

Quince años. Quince benditos años es el tiempo que he estado sometida a las bromas, las burlas y la mala onda de Dean. Es el típico «chico malo»: hosco, musculoso, siempre con olor a cigarrillos y cuero. Patético, de tan guapo.

Imbécil.

Mi hermana, Mandy, cayó derecho en su trampa. Se pusieron

de novios en la secundaria. Mandy era el prototipo de popularidad, con su título de Reina del Baile, su pelo rubio decolorado y su guardarropa de Abercrombie. Es lo que estaba de moda en ese ámbito.

Yo, por mi parte, no era nada de todo eso; por suerte. A pesar de que soy solo diez meses más joven que Mandy, no podríamos ser más diferentes. Ella es atlética, dicharachera y vanidosa. Yo soy un ratón de biblioteca que preferiría mil veces comprarle atuendos adorables al perro de la familia que comprarme algo para mí. Mandy es alegre y yo soy gruñona. Yo podría pasarme el día recitando Shakespeare, mientras que a Mandy le gusta citar los chismes de Twitter.

Si bien tenemos nuestras diferencias, nuestro vínculo de hermanas se ha afianzado a lo largo de los años, y ahora me preparo para ser su madrina de boda el mes que viene. Me gustaría decir que Mandy creció y dejó atrás todo lo relativo a la secundaria, pero, por desgracia, Dean Asher sigue en su vida ahora que ella cumple treinta años. Se le ha pegado como una infección. No se lo puede quitar de encima.

Yo no me lo puedo quitar de encima.

Así que ahora tendré el privilegio divino de convertirme en cuñada de Dean dentro de cuatro cortas semanas.

Asco.

—Estoy bastante seguro de que esa palabra no existe.

Revuelvo mi bebida con la pajilla diminuta y alzo los ojos hacia el hombre que me mira desafiante con su característica sonrisita altanera. Su mirada es toda fuerza y determinación. Sacudo la cabeza; me avergüenza que pronto tendré que considerar a este tipo como de mi familia.

—No me obligues a buscarlo en internet, Dean. Sabes que lo haré.

Estamos celebrando los treinta años de Mandy. Hemos venido a El Remo Roto, un bar tranquilo del norte de Illinois, sobre el lago. Es un lugar divertido para festejar, a pesar de la compañía problemática.

Dean le da un buen trago a su cerveza; los ojos azul pálido le centellean con picardía. Y *no* de la divertida.

—Siempre fuiste un poco nerd, Corabelle.

—No me llames así.

Me guiña un ojo y yo le lanzo una mirada fulminante. Dean es la única persona, además de mis padres, que utiliza mi nombre completo: Corabelle. *Detesto* el nombre. Todo el mundo me dice Cora. Dean lo sabe, por supuesto, pero siempre le ha dado una inmensa alegría atormentarme.

El diálogo agudo se ve interrumpido por la cumpleaños, que llega en un estado impresionante de embriaguez. Mandy nos rodea a Dean y a mí con los brazos y nos estruja a los tres en un abrazo incómodo.

—Los aaaaamo. Son mis mejores amigos. Me voy a casar con mi mejor amigo de todos —arrastra las palabras Mandy, habiéndose zampado, a esta altura, por lo menos diez chupitos de *Sex on the beach*. Se vuelve hacia mí y deja caer la cabeza sobre mi hombro—. Y tú, Cora. Tú te casarás con tu mejor amigo de todos muy, pero muy pronto.

Me libero del abrazo. El olor del perfume demasiado caro de Mandy y el aliento a whiskey de Dean me están dando ganas de vomitar.

—No me voy a casar nunca, Mandy. Divorciarme no está en la lista de cosas que quiero hacer antes de morir. Quizás en otra vida.

Empiezo a darme vuelta, pero Mandy me detiene. Me clava la uña francesa de un dedo en medio del pecho y yo retrocedo con una mueca, rascándome el cosquilleo que me deja.

—El matrimonio es sagrado. Dean y yo no nos divorciaremos nunca.

Es posible. Dean parece el tipo de persona que se contentaría con permanecer casado mientras disfruta de sus amantes. Y Mandy es el tipo de persona que miraría para otro lado, sin duda.

—Un cuento de hadas. Me muero de celos.

—¿Pueden *tratar* de llevarse bien? ¿Por favor? —ruega Mandy, y revolea las manos con gesto teatral. Un poquito de sinceridad se entremezcla con la borrachera.

Suspiro y le lanzo una mirada a Dean. Él sigue con su sonrisita altanera. Tamborileo el costado de mi vaso y finjo que considero el pedido de Mandy.

—O sea, lo haría... quizás, *tal vez*, pero... ¿cómo se supone que supere el incidente de la «araña en el zapato»? ¿Cómo se recupera una de algo así?

Dean suelta una risita mientras se termina su cerveza de un trago, muy divertido con sus payasadas.

—Eso fue impagable. No me voy a disculpar nunca.

—¿Lo ves? —Señalo a mi futuro cuñado con la mano que sostiene el vaso, el meñique extendido—. No colabora. Yo lo intenté.

—Dean, trata bien a mi hermanita —Mandy le pega a su prometido en el pecho.

—¿Qué tiene? Se puede defender sola.

Lo fulmino con la mirada, y mantenemos el contacto visual solo por un momento.

—Bueno, en algo tiene razón —concluyo.

Luego me doy media vuelta y me voy, dándole los últimos sorbos al cóctel malísimo que bebía mientras me acerco a la barra. Apoyo el vaso vacío con un golpe y, sentada en un taburete, ojeo al camarero.

—Otro, por favor. Que sea doble.



Tendría que haber aceptado que me llevaran a casa.

Es un poco más tarde de la una de la madrugada, y me las arreglé para encontrar al tipo más aburrido del bar con el que quedar atrapada en una conversación. Me está bajando la ebriedad, así que ahora solo estoy cansada y de mal humor, con el codo haciendo presión contra la barra mientras me sostengo la cabeza con la mano. Estoy mirando al idiota que tengo a la izquierda parlotear sobre su carrera de abogado, su auto genial y su audición para un *reality show* o algo así. La verdad, me perdió incluso antes de abrir la boca. Huele igual que mi exfoliante de maracuyá y es *muy* perturbador.

Simulo un bostezo enorme y hundo más la cabeza contra la palma.

—Qué bueno, Seth. Muy bien.

—Me llamo Sam.

—Eso dije. —Me paso los dedos entre los mechones de mi pelo largo y dorado, alzo la cabeza y fuerzo una sonrisa—. En fin, debería irme. Es tarde.

Seth/Sam me mira frunciendo las cejas tupidas, y los labios finos configuran una línea recta.

—No es tan tarde. Te invito otro trago.

Nop. Voy a lanzar. Voy a vomitarle todo ese chaleco ridículo que tiene puesto.

—No, gracias —lo rechazo con un gesto rápido de la mano—. Me voy.

—¿Necesitas que te lleve?

—No.

En realidad, puede ser. Mandy y Dean me trajeron acá en auto, y no podía soportar otro viaje con el mismísimo Satanás, así que no acepté su ofrecimiento de llevarme a casa.

Pero para eso está Uber.

Me incorporo del taburete con esfuerzo, me tambaleo sobre mis tacones altos de porquería y, de un manotazo, tomo mi bolso de la barra.

—Nos vemos.

Seth/Sam refunfuña mientras me cuelgo el bolso del hombro y salgo con parsimonia. He conseguido arruinarle los planes nocturnos y me siento bastante bien al respecto. No me molestaría pasar una noche de travesuras de borracha y decisiones cuestionables —Dios sabe que mi vibrador está harto de mí—, pero Seth/Sam perdió el atractivo más rápido que los Chicago Bears perdieron la oportunidad de jugar el Supertazón este año, que fue rapidísimo.

Quizás soy demasiado quisquillosa.

Mandy dice que soy demasiado quisquillosa.

Y bueno. Parece que mi vibrador va a tener que seguir aguantándose.

La brisa fresca ataca a mis pulmones cuando camino por el costado del bar, con los tacones repiqueteando contra la acera. Me arrebujó en el abrigo de lana para que me cubra mejor el vestido azul marino, en un intento por diluir el frío, y luego busco mi

teléfono en el bolso. Nunca usé Uber; quizás sería menos complicado llamar un taxi. ¿Existen los taxis todavía?

Sigo rebuscando en los compartimentos y localizo el teléfono, pero entonces arrugo las cejas al darme cuenta de que el bolso está mucho más liviano de lo usual. *Ajá*. Ilumino el interior con la linterna del celular para evaluar mejor la situación y se me empieza a anudar la angustia en la boca del estómago.

Rayos.

Me falta la billetera.

¿La habrá tomado el hijo de puta de adentro porque sabía que no me iba a ir con él?

Vuelvo a entrar al bar hecha una furia, el corazón me late como una estampida salvaje bajo las costillas. Las tarjetas de crédito, el permiso de conducir, más de cien dólares en efectivo. Fotos, los carnés del seguro social, contraseñas que no recordaré nunca.

Maldita sea.

Con la palma abierta, le golpeo el hombro a Seth/Sam con el pecho inflado. Ni siquiera espero a que se dé vuelta.

—¿Me robaste la billetera?

—¿Perdón? —El hombre gira despacio sobre la silla con expresión de disgusto.

—Me falta la billetera. Eres la única persona con la que estuve hablando esta noche.

—Exacto —resopla Seth/Sam—. Estuviste hablando conmigo toda la noche. ¿En qué momento habría tenido la oportunidad de robarte la billetera? —Me mira sacudiendo la cabeza, luego me da la espalda y toma su cerveza—. Vete a dormir, zorra.

Ignoro el insulto, demasiado enfrascada en mi dilema actual como para abofetearlo. Lo que dice el tipo tiene sentido.

Literalmente lo tuve enfrente todo el tiempo que estuve sentada en la barra; semidormida y babeándome la mano, cierto, pero me habría dado cuenta si me hubiera revisado el bolso. De hecho, lo tenía apoyado en el mostrador, apenas detrás de mi hombro derecho.

Es decir que alguien *detrás* de mí debe de haberla robado.

Mierda, mierda, mierda.

A esta hora, el bar está casi vacío. Interrogo al camarero que está detrás de la barra, que solo se encoge de hombros; inflo las mejillas de aire y largo un suspiro de frustración. Vuelvo a salir a la calle y me preparo mentalmente para rogarle a la gente que me pase a buscar, ya que, de pronto, no tengo dinero.

Empiezo con Mandy, sabiendo que duerme con el teléfono en silencio.

Correo de voz.

Pruebo con mi mejor amiga, Lily.

Directo al correo de voz.

No hay manera de que llame a mis padres.

Reviso mi lista de contactos, intento con tres personas más.

Correo de voz, correo de voz, correo de voz.

Mi pulgar se detiene sobre otro nombre, y arrugo la nariz y frunzo los labios: la sola idea me aterra. Caminar once kilómetros a casa en tacones altos suena más placentero que un viaje de diez minutos en auto con Dean Asher.

El viento cobra fuerza y me vuela el pelo. El frío es casi asfixiante.

Hago clic en su nombre y de inmediato empiezo a mascullar insultos a la noche.

—¿Corabelle?

No sé si estoy más molesta o aliviada de que haya atendido.

–No me digas así.

–¿Por qué me llamas ebria en mitad de la noche? –Tiene la voz ronca, adulterada por el sueño. De seguro lo desperté; *bien*. Algo positivo.

Estoy a punto de explicarle, pero me interrumpe antes.

–Déjame adivinar, tomaste un chupito de whiskey de más y me estás llamando para confesarme tu amor eterno. Siempre supe que gustabas de mí.

Aprieto los dientes, arrepentida sobremanera de mi decisión. Siento desde acá su sonrisa altiva.

–¿Sabes qué? Olvídalo. Volveré caminando.

–Espera, espera –me detiene Dean cuando voy a cortar–, ¿no tienes cómo volver? Pensé que ibas a pedir un Uber.

–Sí, bueno, algún cretino me robó la billetera y ahora no tengo dinero. Pero no importa. Prefiero caminar. –De verdad que quiero colgarle.

–No seas estúpida. Tu hermana me mataría si te dejara volver caminando.

–Me anonada tu empatía.

–Sensible y apuesto –responde con una risita–. Soy una amenaza por partida triple.

–En todo caso, doble. Solo mencionaste dos cosas.

–¿Cómo?

Me pellizco el puente de la nariz, buscando una pizca de auto-control. *Respira hondo*.

–No importa. Solo date prisa.

Presiono el botón «Finalizar llamada» como si me hubiera sonado la alarma un domingo por la mañana. Estos son los momentos en los que desearía ser fumadora. Analizo si volver a entrar,

pero no tengo cómo pagar los tragos y realmente no quiero verme succionada a otra fascinante conversación con Seth/Sam, así que, en vez de eso, me apoyo contra el edificio de ladrillo.

Pasan solo unos minutos hasta que un idiota se me acerca al lado con disimulo y me pide encendedor. Echo un vistazo en su dirección y me alejo rápido unos pasos. Es un hombre panzón que se está quedando pelado y huele a zanahoria hervida. Contengo una arcada.

—No fumo. Lo siento. —Sigo abriendo distancia entre los dos, pero siento su mirada lasciva a unos pocos metros. Uf.

—Déjame que te invite un trago, gatita.

—No, gracias. —Me cruzo de brazos cuando lo descubro mirándome el escote—. Ahora me pasan a buscar.

—Que te pasen a buscar por mi casa —responde con un tono desagradable, la insinuación estúpida y para nada sutil.

Más arcadas.

—De nuevo, declino la invitación. Que tengas buenas noches.

Jamás pensé que estaría deseando que Dean se apresurara y llegara. Hasta ese tonto es más tolerable que este tipo con pinta de payaso asesino, que me perfora el frente del vestido con su visión de rayos X.

—Qué cosita preciosa que eres —sigue parloteando el hombre, y me revuelve el estómago.

Diuj, diuj y más diuj. El tipo está empezando a meterse en mi espacio personal, y cuando me estoy decidiendo a volver a entrar al bar, el Camaro negro de Dean aparece derrapando en el estacionamiento con su motor bestial y sus neumáticos gigantes. Frena delante de mí y se apea del auto, lanza las llaves al aire y las atrapa con la otra mano. Me mira, como esperando que haga «uhh» y «ahh» o algo así.

No me impresiona para nada.

Sigo de brazos cruzados, a la defensiva, mientras Dean se acerca pasando la mirada entre Gacy y yo. Mi lenguaje corporal grita «Te odio», pero mis ojos casi le suplican que me saque de acá.

—Hola —murmuro sin mucha emoción.

Dean frunce el ceño en dirección al hombre que tengo al lado, así que dirijo mi atención a la derecha y veo que el asqueroso *sigue* mirándome las tetas con una sonrisa lujuriosa en la cara. Dean entrecierra los ojos y los vuelve hacia mí.

—¿Lista? Porque estoy agotado y...

—¿Es tu novia? —interrumpe Gacy, y los dos giramos la cabeza hacia él de golpe y en simultáneo.

—De ninguna manera. —Dean responde rápido. Demasiado rápido.

Dios. Como si tuviera lepra o sífilis o la peste bubónica. Lo fulmino con la mirada, ofendida.

—Guau, gracias.

—¿Qué?

—Nada. Vamos.

Me muevo irritada hacia el asiento del acompañante, con Dean pisándome los talones.

Gacy nos despide con un tono que me eriza la piel.

—Que disfruten la noche.

Me meto al auto, cierro de un portazo y trabo enseguida. Dean me imita, mirando por mi ventana al hombre que apesta a zanahoria.

—¿Te tocó ese raro? —Todavía tiene los ojos entrecerrados y pensativos.

Le doy un vistazo rápido al rostro de Dean, molesta con lo atractivo que es. Él se pasa una mano por la mandíbula áspera,

se rasca la barba incipiente, y me llega el aroma almizclado de su colonia de cedro y una nota de cuero. Me mordisqueo el labio inferior y me recuesto en el asiento.

—No. Como si te importara —mascullo, y vuelvo la vista hacia delante.

—Me importa, Corabelle. Eres parte de nuestra boda... no puedo permitir que ese tipo te rebane en pedacitos y te esconda debajo del parqué antes del gran día.

Giro la cabeza en su dirección con un movimiento brusco y lo atrapo con la sonrisita traviesa y altanera en esa cara estúpida y apuesta que tiene.

—Te odio.

—Ya sabes que te estoy molestando —me guiña.

—Te odio igual.

Me recorre con la mirada, como analizándome de alguna manera, mientras gira la llave de arranque. El motor se enciende con un aullido.

—Vistiéndote así solo te expones a tipos siniestros —dice como si nada, con la muñeca pendiendo del manubrio mientras pone el auto en marcha.

—Le echas la culpa a la víctima. —Suelto una risita por la nariz ante la osadía de su afirmación—. Qué buen partido eres. Qué suerte que tiene mi hermana. —Lo miro parpadeando y agitando las pestañas largas con teatralidad.

—No es eso —replica—. Solo digo que, cuando vas así vestida, los hombres lo notan.

—¿Así cómo? ¿Quieres decir que estoy muy zorra?

—Quiero decir que estás linda.

Dean lanza el extraño cumplido con tanta indiferencia que casi

olvido de quién viene. Jugueo nerviosa con el dobladillo de mi vestido y me cruzo de piernas, sin saber cómo responder, pero después recuerdo que aun así culpó a la víctima y que aun así es un imbécil.

—Sí, bueno, tú estás... feo. —¿Qué?

Una risa estruendosa se mezcla con el rugido del motor, y yo me hundo de vergüenza en el asiento.

—¿Es lo mejor que tienes? El alcohol te debe estar afectando. Tus respuestas ingeniosas están decayendo.

—Cállate.

Dean vuelve a rascarse la mandíbula, echa un vistazo en mi dirección cada dos segundos.

—De nada por pasarte a buscar, por cierto. Y por salvarte la vida allá.

Vuelvo a soltar una risita por la nariz. Ni me había dado cuenta de que era de las que hacen eso.

—Lo único que hiciste fue aparecer con tu auto de macho, con cara de tonto, e insinuar que te repugno. —Le sonrío con dulzura y me llevo las manos al corazón—. Mi héroe.

—Ese tipo estaba a una mirada galante de robarte las bragas y quedárselas como trofeo. —Sorbe por la nariz—. Te salvé la vida, definitivamente.

—¿Galante?

—Sí, ¿qué tiene? —se encoge de hombros, con la atención dividida entre la calle y yo—. Lo saqué del Manual de Cora Lawson. Prácticamente eres un diccionario andante.

—No le tiré ninguna mirada «galante» —replico, ignorando el comentario burlón—. Estaba tratando de no atragantarme con mi propio vómito. —Entonces arqueo una ceja y carraspeo para añadir—. Deberías estar bastante familiarizado con esa mirada.

—Con razón me pareció que gustabas de mí. —Intenta ocultar la sonrisa, pero me doy cuenta.

Ay, *Dios*. Sacudo la cabeza y reprimo mi propia sonrisa.

Dean se mueve en su asiento y se estira para buscar los cigarrillos en la consola central.

—Sabes, estuve pensando que podríamos terminar con este desacuerdo que tenemos. Una especie de tregua.

—¿Desacuerdo? ¿Te refieres al odio profundo que te tengo hace quince años?

—Sí, eso.

Lo miro boquiabierta.

—No.

—¿Por qué no? —pregunta, con la voz amortiguada por el cigarrillo que está encendiendo. La brasa resplandece, naranja oscuro y carmesí. Dean me echa un vistazo disimulado cuando no respondo de inmediato—. Por Mandy. Quiere que seamos amigos.

—A menos que planees hacerte un trasplante de personalidad, te aseguro que van a volar las vacas antes de que yo te considere amigo mío. —Dramático, pero real.

—Mierda, Cora, no soy *tan* malo.

La declaración me obliga a enderezarme en mi asiento, y estiro el cuello hacia atrás, furiosa. ¿Está hablando en serio? Discrepo con un resoplido.

—Me llamaste «Cora, la aburridora» durante toda la secundaria porque prefería estudiar a salir de fiesta todas las noches. Me organizaste una cita a ciegas con Steve, el oloroso, filmaste mi reacción y la publicaste en MySpace. Recreaste *La llamada* la noche en que la vi por primera vez y me asustaste tanto que me desmayé. Mandy

creyó que me había muerto y tuvo un ataque de pánico. Todavía me niego a tener televisión en mi cuarto.

—Eran cosas de la secundaria. Todo fue hace años —les resta importancia Dean entre risas.

—Llenaste de sal mi tarro de azúcar cuando viniste a buscar a Mandy, cosa de que empezara la mañana con un café bien interesante. *Ayer*.

—Bueno... —Dean se rasca el pelo castaño desgreñado, medio avergonzado, medio divertido—. Tú me las devuelves, Corabelle.

—Me llamas *Corabelle*. Sabes que lo detesto. —Podría seguir. Podría seguir y no terminar más. Me tienta hacerlo, pero solo me hace hervir la sangre, y no tengo energía para pelear—. Nunca seremos amigos.

Tengo la vista hacia delante de nuevo, pero veo de soslayo que Dean me está observando. Juro que hay un atisbo de dulzura ahí. Una banderita blanca que flamea al viento.

—Es tu nombre.

—Mi nombre es Cora. Corabelle es la abominación que me pusieron mis padres porque ya habían usado el nombre lindo y normal con su hija favorita.

Okey. Estoy llevando la discusión a un lugar muy personal. Tengo que parar.

—Escucha... —Dean va a responder, pero los dos nos distraemos cuando aparecen unas luces intermitentes detrás, que nos ciegan con sus destellos incesantes. Él baja la velocidad, y se le delinea el fastidio en los rasgos mientras mira por el espejo retrovisor.

—Maldita sea, Dean, ¿qué hiciste? Quiero llegar a casa.

—No hice una mierda. Iba dentro del límite de velocidad. No

tengo la matrícula vencida. –Conduce el auto a un costado de la carretera de grava y le da un puñetazo al manubrio–. Qué ridículo.

El vehículo se detiene por completo y yo me dejo caer contra el asiento de cuero con un suspiro exasperado.

–De seguro tienes una orden de arresto. Tal vez mataste a alguien. A mí no me van a detener por asesinato. No soy tu cómplice.

–¿Crees que podría matar a alguien?

Bueno, no.

–Probablemente sí. Pero eres demasiado tonto como para hacerlo bien, así que ahora te han atrapado y me estás arrastrando contigo. Qué bien.

–Dios. –Dean balancea la cabeza hacia delante y hacia atrás, y se frota la cara con las palmas–. Con razón sigues soltera.

Uf. Dejo que el agravio me hincue los dientes, que se filtre en cada resquicio de vulnerabilidad. Conoce mi punto más débil. Creo que le da placer jugar con mis inseguridades y darles vida.

–Vete a la mierda. –No hay ironía ni intercambio ingenioso; solo animosidad.

Dean me fulmina con la mirada.

Lo imito.

Y entonces el sonido del cristal que estalla al lado de mi cara me retumba en el oído, y suelto un grito. Dos manos carnosas me rodean el cuello a través de la ventanilla rota del lado del acompañante, y no tengo ni puta idea de qué está pasando, pero sigo gritando por instinto, empujando los pies contra la puerta para impedir que me saque del auto, mientras le rasguño los brazos.

–¡Cora!

Tengo a Dean encima mío, sobre mí, golpeando al tipo e intentando liberarme de su yugo. Me estiro hacia Dean, me aferro a su abrigo, desesperada por no abandonar este auto, desesperada por que no me lleven. Chillo a través del miedo, me atraganto y balbuceo:

—¡Arranca!

—¡No te tengo! —Dean sigue tratando de forzar las manos y separarlas de mi cuello.

—¡Solo... arranca!

Los dedos me aprietan la garganta con más fuerza y se me nubla la visión, pero entonces una mano me suelta, y hay un momento de esperanza —quizás Dean lo lastimó, quizás Dean lo asustó—, pero la mano regresa. Lo hace con una pieza metálica brillante, y me parece que es un arma, ay, Dios, me parece que es un arma.

Más gritos.

Son míos, estoy segura.

Y entonces la culata de esa arma impacta contra la cabeza de Dean con un ruido sordo y repugnante.

—¡No! —grito, pido, suplico. Dean cae sobre mi regazo como un muñeco de trapo, y yo siento que me levantan del asiento y me arrancan del auto por la ventanilla; las astillas del cristal me rasgan el vestido y la piel—. ¡Suéltame!

Una palma gruesa que huele a gasolina me tapa la boca como una prensa y sofoca mis alaridos, y cuando alzo la vista, se me abren los ojos como platos.

Es él.

El tipo turbio que estaba afuera del bar.

No.

Mis sollozos apagados se escurren por entre las grietas de sus

dedos, y sigo resistiéndome mientras me arrastra por la grava. Pateo y pataleo, le hundo las uñas en los brazos rollizos hasta hacerlos sangrar.

Después abro la boca todo lo que puedo y muerdo.

Con fuerza.

El hombre aúlla de dolor mientras la sangre mana de la herida de su dedo, y trato de aprovechar el momento y huir. Logro liberarme por un segundo, solo un segundo, hasta que algo me golpea la cabeza por detrás...

...y todo se vuelve oscuro.